



Un incendio en las sabanas de América.

SEGUNDA SERIE.—1856

AÑO XIV. 13.

UN INCENDIO EN LAS SABANAS DE AMÉRICA.

Presentamos hoy á nuestros lectores la copia de un lindo cuadro de Fremant, que representa el incendio de un bosque en las sabanas ó llanuras de la América, en el que se ven huir aterrados del elemento devorador los búfalos, los ciervos, los caballos, mezclados con los tigres y leones, corriendo á precipitarse en un río. El comun peligro habia hecho deponer su natural feroz á los animales que viven de la carnicería y destruccion, y que atentos solo á salvarse, corrían al lado de los animales que en cualquiera otra ocasion hubieran sido sus victimas. Al incendio que representa este cuadro, va unida una relacion de un antiguo criollo, testigo en su infancia de la primera insurreccion de los negros. Es un curioso episodio que nos ha afectado al oírlo, y que queremos transmitir á nuestros lectores.

El hijo único de un negro habia desaparecido de una habitacion, y su padre, atribuyendo esta pérdida á la negligencia de sus amos, habia resuelto aplicarles la pena del Talion.

El señor y la señora de B... tenían una hija de cinco años, linda, agraciada y adorada de ellos. Pinto, este era el nombre del negro, formó un complot con sus camaradas, y trató de dar muerte á aquella niña, ó al menos secuestrarla hasta que hubiese hallado su propio hijo.

En este tiempo estalló la rebelion de los esclavos. La familia B... huyó como todas las demas al resplandor de las antorchas, al través de los puñales, y logró alcanzar la sabana mas inmediata. Esposos, hermanos y amigos se hallaban hacia dos dias ocultos en lo mas espeso del bosque, cuando un vasto incendio prendido por los negros los forzó á abandonar aquel último asilo.

Para los que no han visto el fuego en las llanuras de America que llaman *sábanas* ó *pampas*, es un espectáculo imposible de hacérselo comprender. Figurémonos millares de árboles resinosos inflamados sucesivamente como las piezas de un inmenso fuego artificial. Allí se encuentran rápidos relámpagos, soles giratorios, cohetes lanzados al cielo, globos de todo color, cascadas de fuego, erupciones volcánicas, chisperia formidable, espantosos rugidos, torrentes de llamas, de centellas y de humo!

A la aproximacion de aquel irresistible azote, madama B... no quiso confiar á nadie la custodia de su hija. La cogió en sus brazos, y corrió como los demas á buscar un abrigo. Bien pronto su marcha se vió detenida por el peso que llevaba. Abandonó en medio de su turbacion el camino que seguia su familia, y se encontró sola, extraviada en un bosque salvaje y desierto.

Se detuvo sin poder respirar: sin aliento, estenuada, vió desfilar delante de ella todos los animales de la creacion, todas las fieras salvajes de la comarca, aullando y galopando delante de la ardiente persecucion del incendio.

¡Imagínese su terror á vista de un cuadro semejante!

Muy pronto una cosa mas terrible todavía se le apareció á poca distancia: era una banda de negros conducidos por Pinto con la antorcha en una mano y el puñal en la otra... y buscando ¿á quién?

—A la hija de la señora de B... para asesinarla sin duda.

Pinto no habia tenido otro proyecto al incendiar la sá-

hana: proseguia su venganza de padre al través de aquel océano de llamas y de humo.

La señora B... no piensa mas que en salvar á su hija... Se lanza en medio de las malezas y matorrales, se destroza las manos y el rostro para buscar un refugio inaccesible.

De repente retrocede dando un grito de horror...

Se hallaba delante de un círculo de leonas furiosas, enseñando los dientes y dando espantosos rugidos, dispuestas á devorar á cuantos se aproximasen á sus cachorros apiñados detrás de ellas como detrás de un último muro.

Una inspiracion desesperada ocurrió al corazón de la madre. Lanza su hija en medio de aquel nido inviolable, y ella misma se arroja en una zarza donde muy pronto cae desmayada.

Cuando volvió en sí dos horas despues, ¿cuál fué su alegría al encontrarse en medio de su familia con su hija sana y salva á su lado, y Pinto de rodillas delante de ella, y aguardando que se despertase para pedirle perdon!

La contaron lo que habia pasado, lo que habia justificado su sublime presentimiento.

Los negros no la habian al pronto visto en la zarza, pero habian reconocido á su hija en medio del círculo de las leonas. Entonces tal era el ardor de venganza que los animaba, que para llegar á su víctima habian dado un combate á las bestias feroces. Muchos negros habian caído gravemente heridos. El furor de las leonas se habia redoblado con el peligro de sus cachorros. En fin, los negros habian quedado vencedores, y al través de sus enemigos degollados habian penetrado hasta el nido salvaje y rugiente.

Pinto se apoderaba ya de la niña, y levantaba el puñal sobre ella, cuando uno de sus compañeros deteniendo su mano le dijo con profunda emocion:

—Me avergonzaría de ser mas cobarde y mas malvado que las fieras que han perdonado á esta compañera de sus cachorros. No, no son tus amos los que han perdido á tu hijo: soy yo que lo he cogido para venderlo: yo sé donde está: yo te lo devolveré dentro de una hora.

Así madama B... no pudiendo defender á su hija, la habia salvado dándola por defensores á las leonas. Su amor de madre la habia dicho que aquellas madres guardarian sus cachorros hasta el último suspiro, y la Providencia que le debía un milagro, se habia encargado de cumplir sus deseos.

Ved aquí la niña libertada como Daniel en el lago de los leones.

En cuanto á Pinto, el arrepentimiento y la fidelidad y decision de su vida espieron su crimen: no dejó de ser hasta su último momento el mas fiel y decidido de los criados de la familia de B...

Esta relacion no puede menos de escitar el interés general, y comprobar tambien los generosos instintos que muchas veces se han visto en los leones.

Nos recuerda el leon de Florencia, que escapado de la casa de fieras del gran duque, y habiendo cogido entre sus dientes á un niño lo suelta y huye á la vista de la madre desolada que lanza terribles gritos: nos recuerda á la leona de Buenos Aires que criada por una muger llamada Maldonata, la encuentra despues en medio de los bosques, y lejos de hacerla daño la halaga recordando el servicio que en otro tiempo la habia prestado: esto comprueba, en fin, lo que la antigüedad refiere del célebre leon de Androcles.



Kruseman pin.

Imp^{te} Richalms. 52. r. de la Foyerie Paris.

Sargeot sculp.

Los dos hijos de Cicla la Ungara

ESTUDIOS MORALES.



LAS PIPAS,

6

LOS HIJOS DE TECLA LA HUNGARA.

Yo no sé como hablar de pipas en el MUSEO DE LAS FAMILIAS destinado á las manos de las lindas señoritas, que no las mirarán muy bien. Seguramente que es una gran licencia y una libertad de que no me absolverán tan fácilmente; ¡pero me gustan tanto las pipas! Los hombres del siglo pasado tomaban polvo de rapé en cajas de oro, perfumado con el macuba, y esos tampoco me perdonarán mi audacia. Las señoras mismas, cuya bondad las hace tan propensas á la indulgencia, reclamarán y apelarán á sus pomitos de agua de pacholi ó de colonia.

La pipa ¡qué porquería! exclamarán, si al menos fuese un cigarro habano de esos que hay con manchas amarillas, como una piel de tigre, por las picaduras del insecto golo-so que se ha posado sobre ellos!

Peró no, se trata de pipas, de verdaderas pipas, con sus picos encorvados y grandes cabezas, arrojando de los labios del que la posee una nube de humo, como podría hacer una ocomotorá en un camino de hierro.

La pipa, este enemigo de los salones aristocráticos de Madrid y de París, no está desterrada, sin embargo, de todas las cortes. En Oriente reina y gobierna y sirve de instrumento de civilización y de medio diplomático. Es seguro que si el príncipe Menchikoff hubiese fumado en la pipa del sultán no hubiera habido cuestión de Oriente, ni batalla de Alma, ni sitio de Sebastópol, y tantas madres no llorarían la pérdida de sus hijos.

La pipa tiene sus encantos que solo son conocidos de los que la usan. Yo soy estremadamente aficionado á ella. En las desgracias y disgustos que de un poco tiempo á esta parte han dado en llover sobre mí, mas de una vez he recibido de la pipa tan poderosos consuelos como hubiera podido recibirlos del cariño de un amigo ó del amor de una muger. La pipa es el dulce encanto de la soledad á que voluntariamente me he condenado: con su lenta hornilla purifica los humores de mi cerebro y vuelve la tranquilidad á mi alma. El tabaco la estasia. Cuando veo perderse en el aire, tan rápida como el relámpago, la espiral columna de humo que sale de la pipa, contemplo en ella la imágen de la vida. La pipa me recuerda lo que seré un día, no siendo hoy mas que una ceniza animada que lleno de confusión y de abatimiento voy corriendo tras el humo de la pipa pasando mi vida tan pronto, tan rápidamente como ella. Al escribieste artículo estoy fumando en la pipa, que por lo regular no se cae de mis manos ni se separa de mis labios en todo el día.

Las pipas han figurado ventajosamente y han ocupado una sala entera en la magnífica esposicion de la industria y de las artes en París. El Austria ha alcanzado la palma en la fabricacion de las pipas, venciendo al Oriente donde tan aclimatado se halla este instrumento que hace las delicias de los árabes, de los alemanes, de los marineros y de las clases de obreros de casi toda Europa. En España está poco introducida la pipa. Algunos de los que han viajado la han adoptado, pero se ven precisados, como yo, á confinarse para fumar en lo interior de su cuarto y habitacion, porque hasta ahora está reputada como cosa de mal tono. Así empezó tambien, al principio, el cigarro; tengamos por consiguiente esperanza de que llegará un día en que la pipa será tan comun y tan bien admitida como el cigarro. En las pipas hay mil caprichosos dibujos. Unas son cabezas de reyes, otras cabezas de los siete sabios de la Grecia, que sirviendo de hornilla al tubo encendido, recuerdan admirablemente con el humo la armonía de los antiguos vestidos. Hemos hecho esta descripción de las pipas por el papel que van á representar en la anécdota que vamos á referir.

En Hungría, en Pest, á sus alrededores vivia Tecla la húngara, viuda de Tecla, soldado muerto en las guerras. Al morir su marido habia encomendado á su muger que no perdiese de vista la educacion de sus dos hijos Ulrico y Obertal, y que velase sin cesar en que fuesen buenos trabajadores y celosos patriotas. La madre de familia trataba de cumplir lo mejor posible la última voluntad de su esposo.

Desgraciadamente á la inmediacion de los dos hermanos vivia una especie de falso sabio, de filósofo, de Lázaro, cínico como Diógenes y más perezoso que él, pues que no buscaba con su linterna el hombre perfecto que aquel buscaba. El maestro Bló estasiaba el alma de uno de los dos niños.

—¿A qué trabajar y apesadumbrarte y quemarte las cejas? le decia.

—Pero, respondia Obertal, para hacer fortuna es preciso trabajar.

—¡Trabajar!

—Sin duda, añadia Ulrico.

—¿A qué? No conoceis la fortuna segun veo.

—No.

—¿Y vos? preguntó Obertal.

—Yo, dijo el filósofo, la he despreciado diez veces en mi vida.

—Si á mí me sucediese no la despreciaría.

—Ni yo tampoco, dijo su hermano.

—Pues bien, exclamó Bló, echándose sobre su sillón, ¿Sabeis el medio de adquirirla?

—No, respondieron los dos hermanos.

—Hay un medio infalible.

—Decídnoslo.

—¿Cuál es?

—No correr tras ella; esto la incomoda.
 —¡Ah! ¡Sí!
 —Es preciso aguardarla.
 —¡Aguardarla!
 —Viviendo con apatía, con confianza, con tranquilidad.
 —¿En el ocio? dijo Ulrico.
 —El hombre no debe hacer nada para conseguir sus ventajas: no solicita su destino, la deja obrar.
 —Está bien, dijo Obertal, el mas jóven de los dos hermanos.

—Marchad á vuestra casa, no hagais nada, vivid ociosamente sin pensamiento, sin ideas, y la fortuna, picada con vuestra indiferencia, vendrá ella misma á favoreceros.

Los dos hijos de Tecla se retiraron muy animados con este secreto: su carácter era muy diferente, aunque se amaban los dos con gran ternura. El mayor, el moreno Ulrico, era apático, indolente, perezoso: el rubio Obertal, su hermano menor, era hombre de gran genio, atrevido, inventor, insaciable. El primero habia creído en el consejo del maestro Bló.

—Hermano, dijo á Obertal, tengo ganas, en lugar de labrar los campos y las montañas y cultivar las tierras, de descansar y aguardar la fortuna.

—¿Sin hacer nada?
 —¿Para qué?
 —¿Y quién te dará de comer?
 —¿Aun estamos en esas? Solo me gustan las frutas que en todas partes se hallan, y que criándose en el campo á todo el mundo pertenecen.

—¿Y quién te dará habitacion?
 —Estamos en verano, las noches son buenas, y como los árboles pertenecen á todo el mundo me cubrirán contra el rocío de la mañana.

—¿Quién te amará? dijo su madre.
 —¡Bah! El rumor de los pájaros y de los insectos que zumbarán á mis oídos, y toda esa hermosa comitiva de cantores del estío me entretendrán al eco de sus incansables gorgoros.

—¿Y piensas que así te vendrá la fortuna? dijo su madre.
 —Al menos durmiendo voy á probarlo.

—Pues bien, prueba, respondió Tecla abrazando á su hijo mayor deseándole buena fortuna en su pereza.

Ulrico, como hombre de prevision, estableció su habitacion debajo de un manzano, tendió su capa al pie y se durmió aguardando la felicidad que creia le atraeria su apatía.

Bien pronto se despertó por una cosa que cayó sobre su nariz de un modo bastante brusco: era una hermosísima manzana que ya madura habia caído del árbol.

—Hé aqui, dijo Ulrico, una prueba en miniatura de que la naturaleza alimenta á todas sus criaturas. La madurez de este fruto responde á mi hambre y llega tan puntual como un soldado á la formacion. No dudemos de la eficacia de mi método, y continuó su sueño.

Cuando se despertó la segunda vez, vió á un criado magníficamente vestido que ponía en su rústica habitacion un magnífico almuerzo.

—Soy, le dijo, un enviado de la fortuna.
 —¿De veras?
 —Sí, me envia á ofreceros este almuerzo.
 —¿Y cuándo vendrá?

—La fortuna, dijo el hombre de la librea, es una divinidad que se manifiesta, pero que no se deja ver.

—¡Ah!
 —Pero se os aparecerá bajo los símbolos mas brillantes y seductores.

—¿De veras?
 —No lo dudeis, y el lacayo de la fortuna iba á dejarle.
 —¿Será preciso que almuerze sin compañía?
 —Eso es cuenta vuestra, dijo el criado marchándose.
 —¡Qué fastidio comer solo! dijo suspirando Ulrico, la fortuna debia enviarme un compañero.

En aquel momento oyó un gran bostezo y Ulrico vió al maestro Bló que se esperezaba los brazos.

—Maestro Bló, le dijo, ¿quereis almorzar?
 —Si no hay que ganarlo, si, dijo el filósofo.
 —Seguramente, todo está dispuesto.

—En ese caso manos á la obra y comamos; otro dia veremos lo que hemos de hacer; cada dia basta para sus trabajos.

Estendió sobre la yerba una servilleta, echó de beber á su anfitrión, y como tenia magníficas ganas, hizo muy bien los honores del almuerzo.

—¿Hay apetito? dijo el maestro Bló.
 —Falta.

—¿Y por qué?
 —Lo ignoro; las manzanas quizás son demasiado nutritivas.

Ulrico se engañaba, lo que le faltaba para tener apetito era el trabajo que fortifica el cuerpo y da la alegría. Cuando hubo terminado el almuerzo, y pasado toda la mañana en conversacion, al llegar la noche el ruiñón de los bosques principió á cantar sus brillantes notas y entonces se retiró el maestro Bló. Habiendo quedado solo, reflexionó que teniendo que dormir mejor lo haria en una buena cama que no al rocío espuesto á que pudiese venir algun lobo.

—Dios mio, dijo, la fortuna que favorece á los apáticos y á los hombres que solamente son ociosos bien podia darme algo en que estenderme mas cómodamente.

En aquel instante el lacayo que antes se le habia presentado llegó trayendo un gran talego de escudos que arrojó en la capa de Ulrico admirado.

—¡He! ya tengo con que dormir sin hacer nada ni trabajar, con este saco, tendré una buena mesa y casa.

Ulrico se levantó, ató el saco bajo su capa y fué á encontrar á su hermano menor y á su madre.

—Madre, hermano, les dijo, no trabajéis pues soy rico. He adquirido la fortuna durmiendo; tengo dinero para los tres.

—¡Mal dinero el que uno no gana! exclamó su hermano.
 —Frutos de la ociosidad son sospechosos, repitió la madre.

Y los dos rehusaron sus favores. Ulrico se fué á una rica fonda en donde estableció su residencia. Allí se echó á dormir aguardando nuevas felicidades.

Durante este tiempo Obertal, el hermano menor, muchacho débil y delicado, se habia unido con Daniel, uno de los trabajadores de las minas del país. Era un hombre trabajador y antípoda del maestro Bló.

—Trabajad, le decia; el trabajo es la vida del hombre. No retrocedais ante las fatigas; despachaos, el tiempo vuela.

—Pero el trabajo tiene sus límites, respondió Obertal.

—No, el trabajo debe ser incesante como las necesidades.

—Mi madre dice que debe haber horas de descanso.

—Charlatanerías de muger. Las madres son locas y las estravía su ternura: el tiempo perdido no vuelve jamás. La fortuna pide que se la persiga, que se la busque con incansable celo á cada instante, á cada minuto. Trabajad sin descanso, sin cesar, en tanto que seáis jóvenes: el porvenir no es nuestro, el día no basta para el trabajo.

Así, Obertal, á pesar de los consejos de su madre y apesar de su debilidad, se consagró al trabajo que gastaba su salud todos los días.

Tecla, á vista de la conducta tan opuesta que observaban sus dos hijos, cayó en el mas vivo pesar: permanecía aislada en medio de su vejez, y dos pasiones contrarias la privaban del cariño y de los tiernos cuidados de sus dos hijos. Lloraba, y su anciana criada Rebac veía sola correr sus lágrimas.

—Conozco, señora, decia, que si fuesen dos muchachas habia porque desesperarse; pero siendo muchachos varia: ellos volverán y entrarán en carrera.

—¿Y cómo!

—Es preciso instruirlos.

—Los malos consejos los han estraviado.

—Es preciso atraerlos al buen camino.

—¿Y cómo conseguirlo?

—Indirectamente. Vuestro esposo ha dejado una cosa para dar á vuestros hijos cuando fuesen grandes.

—Si, sus dos pipas.

—Dádmelas, yo haré que lleguen á esos jóvenes incontinentes.

—¿Para qué?

—Para curarlos, al uno de su pereza, al otro de su vanidad.

—¿Estás loca? ¿Quiéres encontrar la moral en una pipa?

—¿Por qué no? Los símbolos mas sencillos son los mas elucuentes.

—¿Y crees que á esos muchachos estraviados, una pipa les podrá volver á sus deberes?

—Si, señora; creed que ellas se los enseñarán perfectamente.

—Ojalá su vista produzca ese resultado.

Esto dijo Tecla alcanzando las pipas puestas en la pared, entregándoselas á la criada. Rebac tomó las dos reliquias del difunto soldado, pipas de madera con las cabezas esculpidas de los sabios de Grecia, como se ha dicho. Las probó con la boca para saber á cual de los dos hijos debia entregarlas y despues de haber terminado su exámen la buena criada, se puso en camino.

Asombradas nuestras lectoras, sin duda nos preguntarán que diferencia puede haber entre dos pipas del mismo calibre y de una misma forma. Pues señoras mías, hay una diferencia inmensa. Las pipas frecuentemente tienen caracteres diferentes. La una pierde el aire: la otra se atasca: otra no viene bien con el tubo: otra está mal agujereada y exige mil continuos esfuerzos de aspiración. Ya veis que no son utensilios tan fáciles de arreglar.

Yo siento mucho hablar tanto de este instrumento tan prosaico, y temo que á mis lindas lectoras huelga mi escrito á tabaco; pero todo se remedia con que echeis mano á

vuestros pomitos de aguas de colonia ó de mil flores; y sobre todo, así podreis comprender que nos hemos trasportado á Hungría, país de las pipas, del frio y de la nieve, y cuando volvamos á nuestras comarcas, desde Pest á Madrid, Valencia ó Barcelona, bastante camino hay para que el olor de la nicotina no os incomode seriamente.

Rebac fué desde luego á encontrar primero al perezoso Ulrico, y le halló en su fonda tendido en un mullido y suntuoso sofá.

—¿Qué haces? le dijo Rebac.

—Me fastidio.

—¿Te falta alguna cosa, querido hijo mio?

—Al contrario, todos los dias recibo nuevos dones de la fortuna; apenas tengo tiempo de desear: buena mesa, buena cama, buenos trages. Mira, ayer queria tener dos vestidos nuevos; repárame, el fiel criado de la fortuna me trajo en seguida dos magníficos, uno de los cuales es el que tengo puesto.

—¿Eres feliz?

—No.

—¿Por qué?

—Me fastidio.

—¿No te gustan los favores de la fortuna?

—¿Es una vida tan monotonica no tener que desear!

—¿Te quejas de tu felicidad?

—Tal vez, pues mis parientes, mi madre, mi hermano me han dejado solo.

—Escucha, dijo Rebac; no gusta vivir con un hombre que gasta y no se sabe de donde le viene.

—Por un criado silencioso.

—Eso no basta; ese dinero, esas comidas ¿sabes tú que designio puede haber al dártelas? Esos vestidos hechos por sastres invisibles, no son bien vistos por las personas que están acostumbradas á adquirirlos con el sudor de su frente y á fuerza de mil trabajos.

—¿Con que vienes á regañarme? dijo Ulrico.

—No, vengo á traerte un regalo.

—¿Cuál?

—Una pipa.

—¿Una pipa? ¿A mí! dijo Ulrico.

—Si, la de tu padre.

—La pipa de mi padre! replicó Ulrico con emocion.

—La fumaba en las grandes guerras y en los grandes regocijos patrióticos: la fumó en los dias de miseria y de aflicción en que se halló algunas veces.

—¡Pobre padre! murmuró Ulrico.

—Ten cuidado de este recuerdo, continuó Rebac, y no lo pierdas porque es precioso como una reliquia.

Se dirigió en seguida á buscar el otro hijo.

Este no era perezoso y confiado como Ulrico. Obertal era ambicioso, vano, lleno de una generosa pero insensata presunción; habia participado de los rudos trabajos de los hombres hechos y de su vida activa é irregular. Hallábase echado en el momento en que llegó Rebac, reventado de cansancio, medio muerto de fatiga y encorbado con sus penosos trabajos.

—¡Hola! vuelvo á verte, dijo á Rebac. ¿Me traes noticias de mi madre?

—Está buena, llena de salud; pero no es eso lo que me trae.

—¿Pues el qué?

—Te envía, aunque eres un ingrato que la abandonas, un regalo.

—¿Un regalo!

—Sí, la pipa de tu padre.

—¿La pipa de mi padre! ¡Ah! dámela, yo ya soy un hombre y no necesito del socorro de nadie para llegar a una virilidad naciente: gracias, Rebac, gracias.

—Ten gran cuidado con esta pipa.

—¿La pipa de mi padre! conozco su valor; no me separaré de ella jamás.

Habiendo cumplido su doble misión, Rebac volvió a casa de su señora, y la dijo en cuanto la vió:

—Las pipas del difunto amo, dispuestas como están, serán cien veces mas elocuentes que todos los doctores posibles: dormid tranquila; gracias a su tabaco, vuestros descarriados hijos volverán corregidos.

Ved aquí lo que sucedió.

Cuando Ulrico, agobiado por el fastidio de la satisfacción constante de todos sus deseos, quiso distraerse, pensó en su pipa.

—Este es, dijo, el recurso de los ociosos; recurramos á él.

Jamás, tal vez, perfecto fumador se halló en mejor estado. Cogiendo con cuidado del excelente tabaco, que no había tenido necesidad mas que de pedir, trató de hacer salir del encorvado tubo y largo puente de la pipa, el humo con tanto mas placer cuanto que le recordaba la memoria de su padre.

Creía no tener que hacer mas que reclinarse; muéltamente, al estilo de los turcos, para rodearse de una nube de humo como una divinidad pagana. Pero Rebac sabía lo que se hacía: la pipa era dura y exigía fuerza.

Ulrico fumó suavemente; pero no sacó nada: apenas un movimiento ligero en las abrasadas cenizas de la pipa denotaba que había comunicación entre el labio y la pipa. Era una fatiga que tenía que vencer; pero los obstáculos que atascaban el tubo no dejaban lugar á la circulación del aire. El perezoso joven arrojó la pipa al suelo y se quebró.

Por su parte Obertal, después de haber descansado un tiempo insuficiente para recobrar las fuerzas de sus doloridos miembros, encontró al despertarse el regalo que le había enviado su madre: una madre cuidadosa había añadido una bolsa que contenía tabaco muy bueno y de excelente olor.

—Vamos, dijo, los hombres fuman, hagamos como ellos.

Y aspiró con avidez los torrentes de humo que contenía la pipa, fácil, corriente, bien taladrada, que le habían dado. Un gusto acre y corrosivo dejó sentir cada vez que aspiraba. Continuó, no obstante, aspirando las columnas de humo que obstruían las inyecciones de sus pulmones: bien pronto creía que la mesa, la ventana, las sillas, todo el cuarto daba vueltas alrededor del lecho: las mesas y las paredes parecían entenderse para imprimir suavemente aquel movimiento de rotación. Después le pareció que él mismo daba vueltas: pronto quiso luchar contra el mareo; pero fué mas débil, y desprendiéndose la pipa de sus crispados dedos vino á caer embriagado y lívido sobre su cama.

A la mañana siguiente los dos hijos de Tecla la húngara cogieron los restos de las pipas que Rebac les había dado, y fueron á ver á su madre.

—¿Cómo, exclamó ésta! ¿las habeis roto?

—Sí, no he podido fumarla, dijo Ulrico.

—Sí, yo la he fumado demasiado, dijo Obertal.

—No podía hacer salir el humo, dijo el primero.

—Era embriagadora y peligrosa, añadió el segundo.

—La he roto de despecho, dijo el mas fuerte.

—Yo la he dejado involuntariamente caer, dijo el mas débil.

—Hijos míos, respondió Tecla, esas dos pipas os prueban una verdad que ni las paradojas del maestro Bló ni las utopías de Daniel podrán destruir: es igualmente peligroso permanecer ociosos y confiados en la Providencia y el estar llenos de ardimiento y querer ser hombres antes de tiempo.

—Sin embargo, madre, dijo Ulrico, la fortuna quiere los espíritus tranquilos y los alimenta y acaricia.

—¿Cómo lo pruebas?

—Me ha dado una casa.

—¿De veras?

—Cuanto deseaba me ha concedido.

—¿Qué milagro!

—Magníficos vestidos con que me veis.

—¿Es posible?

—Ademas este talego de escudos que no habeis querido admitir, madre mia.

—Con razon, replicó la criada Rebac.

—¿Y por qué esa negativa? replicó Ulrico.

—Porque no se acepta el don de sus propios bienes y que nos pertenece y viene de nosotros, porque ese dinero como esos vestidos, como las viandas, eran enviadas por vuestra misma madre...

—¿Cómo, aquel lacayo!...

—Era el cómplice de mi inocente astucia: queria hacerlos comprender que aunque la fortuna viniese en auxilio del perezoso, el fastidio que proporcionan las recompensas que no son debidas al trabajo, prueban que la felicidad que aun así pudiera conseguirse se pierde fácilmente: lo que no sucedería si fuera el resultado del trabajo prudente y proporcionado á nosotros. La pipa de vuestro padre sirve para probaros, después de todo, que con un pequeño esfuerzo, un poco de paciencia, hubiera bastado para poder usarla agradable y fácilmente.

—Y yo, dijo Obertal, ¿por qué me han dado la pipa ancha y corriente, que la respiración de un niño hacia chispear?

—Para manifestarte que es tan peligroso hacerse hombre antes de la edad como tener pereza y confianza en la casualidad. Te has creído un ciudadano completo, fuerte, robusto, y esta pipa que fumarías dentro de cuatro años con placer, como la fumaba tu padre y como tu hermano la fumaba ya, te ha puesto malo y te ha hecho caer en la cama mareado. Hijos míos, añadió Tecla, la digna húngara, ved aquí una parábola, una enseñanza que vale tanto como cualquiera otra. Debeis vivir según vuestra edad, no forzar la naturaleza; no escuchéis utopías, ora sean progresivas ora retrógradas: no es razonable entregarse á un trabajo excesivo, como tampoco lo es entregarse á la indolencia y ociosidad.

Los hijos de Tecla conocieron la verdad de esta lección y ni el maestro Bló el epicúreo, ni las observaciones del incansable obrero, pudieron volver á descarriar sus cora-

zones. Permanecieron cerca de su madre dedicándose á la agricultura, con especialidad al cultivo de la vid, cuyo zumo llevaba con alegría Rebac á sus labios poniéndolos rojos. Mas tarde fueron á explotar las orillas del Danubio, atravesando el puerto de Buda con importantes cargamentos.

Poco tiempo despues hicieron una explotacion inmensa de vino y de sanguijuelas de que es el país mas rico del

mundo, de lanas y de pieles y cueros, y hoy si preguntais en el comercio de la alta banca en Buda, Comorn, Presburgo y Tokay, cuyas viñas dan el vino mas suave del mundo, cual es la firma mas estimada del comercio, y la casa mas rica, os dirán que es la casa de las *dos pipas*, cuya razon social es la de *Tecta, hermanos y compañía*.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

BENVENUTO CELLINI.

Pretenden algunos artistas que la reputacion de Benvenuto Cellini es superior á su mérito real, y que tanta reputacion la debe á las prodigiosas aventuras de su vida, como á sus obras de platería y de escultura. La opinion del mayor número de las gentes es que Benvenuto Cellini era un hombre verdaderamente superior, á quien sin exageracion se le podia llamar el Miguel Angel del cincel. Sus obras son todas notables: era un artista maravilloso por la invencion, y en sus manos los menores objetos eran unas obras maestras.

Benvenuto Cellini, hijo del maestro Juan Cellini, florentino, nació en Florencia el año de 1500. Su padre era músico en una compañía de Lorenzo y de Pedro de Médicis. Habia abandonado su profesion de arquitecto para dedicarse completamente á la música.

A la vuelta de los Médicis, el cardenal, hecho ya papa bajo el nombre de Leon X, le llamó á Roma, donde no quiso ir. Por esto le quitaron su empleo de palacio, y tuvo que dedicar á su hijo Benvenuto á la platería, haciéndole trabajar una parte del dia en esto, y la otra en tocar la flauta á su pesar. Pasó con dos maestros, y salió un hábil artífice, cuando su hermano y él tuvieron una pelea con los soldados de aquel famoso Juan de Médicis, que llamaban el *Gran Diablo*. Hubo pedradas y mandobles. El hermano de Benvenuto fué herido; los soldados fueron condenados, y poco despues los dos hermanos tuvieron que salir desterrados por seis meses de Florencia. Entonces tenia Benvenuto diez y seis años.

Fué á casa de un platero, y al volver le enviaron á Bolognia, á fin de que se perfeccionase en la flauta que detestaba. Al mismo tiempo dibujaba allí para un judío, y ganaba bastante dinero.

Como su carácter era altivo, indomable y pendenciero, no le faltaron lances en toda su vida. Su carácter cada año se iba haciendo mas irascible é intratable. Irritado por una ley multa que le echaron por haber contravenido á las reglas de policía, Benvenuto corrió á casa de sus enemigos, los encontró en la mesa, hirió al primero que quiso detenerle, y gritó enseñando su puñal:

—Traidores, os voy á matar á todos.

Hubo una pelea, pelea de doce contra uno: no quedó en el campo de batalla mas que el sombrero de Benvenuto; pero las autoridades tomaron por lo sério la reincidencia, é hicieron publicar un bando contra cualquiera que diese asilo á Benvenuto. Logró, sin embargo, escapar de Florencia disfrazado de monge, y logró entrar en Roma en el momento de la eleccion de Clemente VIII. En esta época ejecutó muchas obras para la señora Porcia Ghigi. Desde entonces la carrera de Benvenuto comenzó á señalarse: trabajaba laboriosamente, recibiendo de tiempo en tiempo cartas de su padre, que le recomendaba por amor de Dios que no dejase de tocar la flauta.

En Roma tuvo una contienda contra unos españoles que querian obligarle á entregar un trabajo que le habia encargado el obispo de Salamanca, y que este prelado no le habia pagado. Solo en su tienda, con el arcabuz y la mecha encendida apuntó al mayordomo del obispo, que guiaba á los que venian á asaltar la tienda, y á todos los puso en fuga. El obispo se irritó, pero Benvenuto, llevando hasta lo último la audacia se vistió su cota de malla, cogió un largo puñal, y se fué al palacio del prelado, que habia armado á toda su gente. «Al entrar, dijo Benvenuto, creí pasar por medio del Zodiaco: el uno parecia el leon, el otro el escorpion, el otro el cáncer.» Le pagaron, y el obispo todavia le encargó otros trabajos; pero Benvenuto le puso por condicion que pagase adelantado. El papa se rió mucho de esta humorada, y le recomendó al cardenal Cibo. Todos los cardenales se disputaban á porfía el dar trabajo á Cellini.

En tanto que trabajaba laboriosamente, llevaba Benvenuto una vida disipada con Julio Romano y otros discípulos de Rafael. Escusado es decir que todos los dias habia peleas y cuchilladas.

Invasión de Roma por Carlos de Borbon, primo de Francisco I y condestable de Francia, este principe aventurero se pasó al enemigo, y cubrió la Italia de malhechores, á pesar de los tratados de Carlos V. El papa Clemente se refugió al fuerte de Sant-Angelo, y Benvenuto llegó á entrar en él.

Largo seria de contar lo que hizo durante el sitio. Solo referiremos una cosa que nos hará juzgar de este hombre: dirigia una parte de la artillería, y el papa venia alguna vez á verle maniobrar. Un dia que el pontifice se paseaba por un bastion, Benvenuto divisó en Prati un coronel español vestido de encarnado: inmediatamente cogió una

culebrina que estaba cerca de él, la cargó con buena cantidad de pólvora fina mezclada con pólvora ordinaria; después hizo la puntería con cuidado sobre aquel hombre encarnado, calculando una curva con una destreza admirable, porque estaba tan lejos, que era imposible por las reglas del arte tirar recto con una pieza de aquel calibre;

preso á un tal Cisti capitán, entre cuatro hombres, de los que uno, llamado Bertino Aldobrandi fué herido, teniendo que levantarse en muy mal estado del suelo. Al saberlo Cellini, el hermano de Benvenuto, dió gritos de furor, y preguntó quién había matado á Bertino. Se lo enseñaron: entónces se arrojó sobre la patrulla y dió una estocada en



Benvenuto Cellini, trabajando en su taller.

prendió fuego, y fué á dar precisamente la bala en medio de la cabeza de aquel hombre, que con la mayor baladronada queria con la espada parar el golpe: el proyectil la hizo pedazos y partió al hombre en dos.

Mas tarde en Roma tuvo Benvenuto otra aventura, con motivo de un ataque dirigido contra la policia, que llevaba

el vientre al matador. En seguida cargó de nuevo á la patrulla, y recibió un arcabuzazo en la rodilla derecha.

Hallábase en la mesa Benvenuto. Oye el ruido, coge su espada, corre y reconoce á su hermano:

—Serás vengado, esclama. Algunos pasos de allí el gefe de la patrulla se retiraba con su gente. Benvenuto corre á

ella, la carga, la pone en huida, y llega despues á casa de su hermano. El hermano de Benvenuto murió como soldado, hasta el último momento tuvo valor.

Desde entonces Benvenuto se volvió melancólico y sombrío. No pensó mas sino en el mosquetero que habia muerto á su hermano, y de quien él le habia dado las señas; así es que le siguió por todas partes para vengarse de él. Una noche, saliendo de la plaza aquel hombre se apoyaba con la mano en el puño de la espada sobre el umbral de la

que el arma hirió el hueso desde el cuello á la nuca: tan profundamente entró, que á pesar de todos los esfuerzos que hizo Benvenuto para retirarle no lo pudo lograr.

Por grande admiracion que inspire el artista no puede verse sin horror este bárbaro asesinato de Benvenuto: no merece otra calificación. El soldado estaba en su derecho, y cualesquiera que fuesen los desórdenes de una época de furor y de anarquía, jamás puede escusarse una ausencia tal de las nociones de lo justo y de lo injusto. El papa tuvo



Benvenuto Cellini á los pies de Francisco I.

puerta. Se aproximó diestramente á él Benvenuto, con un puñal largo como un cuchillo de caza, y le dió un golpe tal, que pensó seguramente en cortarle la cabeza. Volvióse éste prontamente, y el golpe vino á dar sobre el extremo de la espalda izquierda, quebrándole el hueso. Se levantó, dejó caer la espada aturdido por el dolor, y echó á correr: le alcanzó á los cuatro pasos, levantó el puñal sobre su cabeza, lo volvió á dejar caer muy bajo, de modo

la debilidad de no imponer castigo; se limitó á decir: Bueno, Benvenuto; pues que te has curado trata de vivir.

Benvenuto no fué mas prudente, y encontró medio de irritar hasta al mismo papa. Abandonó á Roma, y se fué al lado del duque Alejandro, que lo recibió bien. Pero Benvenuto no era hombre que permaneciese mucho tiempo en una parte. Volvió á Roma con un salvo-conduto, y á la mañana siguiente de su llegada, antes del amanecer, el

gefe de la policía, seguido de treinta hombres, llamaba á su puerta. Benvenuto salió á abrir cubierto con su cota de malla, le presentó con una mano su salvo-conducto y con la otra la espada. La policía tocó retirada.

Ibase formando una tormenta sobre la cabeza de Benvenuto. El número de sus lances crecía de día en día, y su insolencia con los hombres mas poderosos le hacia irreconciliables enemigos. Despues de muchos viages á Florencia, á Francia y á otros puntos, volvió al fin á Roma, donde fué arrestado. Acusábanle de haber robado el oro y los diamantes del papa, cuando este se habia retirado al fuerte de Sant-Angelo, y los habia confiado á Benvenuto con un gran número de alhajas preciosas, para que las desmontase y fundiese los metales. Este no era mas que un pretexto: Paulo III queria castigar á un hombre bastante audaz para no soportar el menor daño con respecto á él sin insolentes recriminaciones.

En los primeros tiempos de su cautividad en el castillo de Sant-Angelo, Cellini fué tratado muy suavemente; le permitian pasear por el interior. El gobernador Jorge, caballero de Ugolini, era un personaje muy tratable, pero cuyo carácter lo echaba á perder una singular enfermedad que le acometía una vez cada año, y le duraba algun tiempo. Durante esta época se creia convertido en un animal cualquiera, é imitaba los gritos de tal.

Las buenas relaciones entre el gobernador y el preso, fueron de corta duracion. Un monge de la familia Palavicini, compañero de prision de Benvenuto, le robó la cera con que modelaba sus estatuas, y con ella sacó el sello de las guardas de las llaves de las puertas, para hacer llaves falsas y tratar de escaparse. El cerrajero le denunció, y Benvenuto pasó por culpable. Logró, sin embargo, disculparse; pero el rigor que desplegaron al principio de este negocio, le hizo formar la resolución de escaparse. Jamás fuga alguna fué acompañada de circunstancias mas dramáticas. Por medio de las telas de las camas y de las sábanas hechas tiras, logró tejer una cuerda. El gobernador Jorge, que acababa de entrar en su enfermedad anual, habia vuelto á tomar cariño á Benvenuto, y no se separaba de su lado; un hambre de conversacion que no podia ver satisfecha jamás, le llevaba desde el principio de su enfermedad á buscar la sociedad de Benvenuto, y á no dejarle un momento libre en su cuarto. Anteriormente se habia creido muerto, despues rana, despues un cántaro de aceite, y este año se creia cambiado en murciélago, y hacia para volar inauditos esfuerzos, agitando los brazos como si fuesen alas, y dando agudos chillidos. Preguntaba á Benvenuto para saber si no tenia él tambien gana de volar, y que cómo lo haria. Benvenuto respondió que fabricaria un par de alas imitando las de los murciélagos. A esta palabra de murciélago, el gobernador entró en un indecible éxtasis.

—¿Y tendrías valor de volar?

—Sin duda.

—Y yo tambien, pero como el papa me ha mandado que te guarde con mucho cuidado, y tú eres un astuto diablo y te escaparías, voy á hacerte encerrar bajo cien llaves por miedo de que no te largues.

Bajo las órdenes de este monómano se vió Benvenuto mas estrechamente encerrado y guardado en su prision. Con la ayuda de las cuerdas que habia fabricado, y de un largo puñal, con un par de tenazas, trabajó en quitar uno

de los hierros de la ventana de su cuarto, y despues que ya lo hubo logrado y tomado la resolución de marcharse dos horas antes de amanecer, se confió á la ayuda de Dios. Logró tocar por medio de la cuerda en el suelo, pero fué á dar en un patio rodeado de altas paredes. Una viga con que tropezó, y que puso derecha contra la pared, le permitió escalarla. Ató en seguida á la estremidad de la viga una punta de sus cuerdas, y se deslizó por el otro lado de la pared. Chorreaban sus manos sangre, y asi se vió obligado á descansar y á lavarlas con su propio orin. Le quedaba aun que pasar otro recinto, y ya ataba su última punta de las cuerdas á una tronera cuando le vió un centinela. Cogió su puñal, y marchó tan resueltamente al encuentro del soldado, que este echó á huir. Otro centinela aparentó no verlo. Volvió á su tronera, pero al bajar esta segunda vez, gastadas sus manos con los esfuerzos que habia hecho en el interior, le causaron tan violentos dolores, que soltó la cuerda y cayó, pero al dolor de la caída se quedó desmayado.

Asi permaneció hora y media. Cuando el fresco de la mañana le despertó vió que se habia roto una pierna. Compúsose el hueso lo mejor que pudo, se lo vendó, y se adelantó caminando á cuatro pies hacia las puertas de Roma. Separando una gruesa piedra logró pasar por una puerta, y apenas habia entrado en la ciudad cuando una banda de enormes perros se arrojaron sobre él con furor. Dió á uno una puñalada; el resto siguió acometiendo al herido, pero entretanto éste, arrastrándose siempre en cuatro pies, logró entrar en la iglesia Traspontina, y en seguida tomó el camino de San Pedro. Un aguador le subió la escalinata. Desde alli se arrastró á casa de la duquesa Octavia, viuda del duque Alejandro, asesinado por Lorenzazio. Fué reconocido por un criado del cardenal Cornaro, que mandó lo llevasen á su casa.

Allí pudo recibir los cuidados y auxilios que reclamaba su estado. El cardenal fué á pedir el perdon del fugitivo, y unido con otras personas lo logró del papa. La nobleza de Roma vino á visitar á Benvenuto: una sola persona se quejó de esta aventura, el gobernador del castillo de Sant-Angelo. El buen Jorge declaraba que Benvenuto habia volado, aunque habia dado palabra de no hacerlo, y pidió que lo volvieran otra vez á colocar bajo su custodia. El papa, riendo, se lo prometió. Demasiado bien cumplió su palabra. Aun no hacia mucho tiempo que Benvenuto se hallaba en libertad y en casa del cardenal Cornaro, cuando el papa le envió á prender y le hizo poner en un cuarto bajo, de su jardin secreto. El cardenal le hizo prevenir que estuviese con cuidado. No comia nada de lo que le servian. Aunque estaba visitado por muchos grandes señores no estaba tranquilo. La noche del día del Corpus, despues de haber cenado con sus amigos, acababa de dormirse cuando su perro daba furiosos aullidos. El gefe de la policía entró seguido de sus esbirros, se apoderó de Benvenuto y lo trasladó á la torre de Nona, á un calabozo donde le pusieron guardas de vista. Encomendóse Benvenuto á Dios, persuadido de que los ángeles del cielo lo librarian del mal paso en que se hallaba, y se durmió tranquilo. Despertáronle para leerle la sentencia, pero Benedetto que estaba encargado de este oficio, hecho un mar de lágrimas corrió á casa de la esposa de Pio Luighi, la señora Cesolina. Esta fué con la duquesa Octavia á ver al papa, y obtu-

vo el perdón de la vida de Benvenuto, á quien trasladaron entonces á aquel castillo de Sant-Angelo de que con tanto valor se había escapado. Pusieronle en un calabozo muy oscuro, lleno de agua, de tarántulas é insectos asquerosos, donde no se podía mover á causa de su pierna rota. No entraba allí la luz mas que hora y media al día.

Llenó de desesperación trató de suicidarse dejando caer un madero sobre su cabeza: no hizo mas que aturdirse con el golpe. El gobernador al verlo enfermo, se arrepintió de sus rigores, y le trató con mas dulzura.

En este tiempo el cardenal de Ferrara que había venido á Roma se aprovechó de la ocasión de cenar con el papa, para decirle que Francisco I deseaba mucho tener á Benvenuto. El papa contestó al cardenal con una gran carcajada: Quiero que al instante mismo lo lleveis á vuestra casa.

Efectivamente, Benvenuto salió del castillo de Sant-Angelo, fué entregado al cardenal de Ferrara, y con este se fué á Francia. Como el genio no se abandona fácilmente, en el camino tuvo una disputa con un maestro de postas, al que mató de un arcabuzazo. Pasó algun tiempo con el cardenal de Ferrara, cuyo retrato hizo, y llegó por fin á Fontaineblau.

Francisco I lo recibió bien, pero Cellini, descontento de la cantidad que el cardenal de Ferrara había fijado por parte del rey, abandonó la corte y marchó á Tierra Santa. Un mensajero del rey lo alcanzó y volvió á traerle, ofreciéndole quinientos escudos mas de lo que el rey le daba, quedando estos en setecientos, como tenía Leonardo de Vinci.

Benvenuto Cellini pasó en Francia la época mas feliz de su vida. De él solo hubiera dependido concluir allí sus dias con una fortuna considerable, lleno de honras y distinciones, si su intratable carácter le hubiese permitido vivir en paz en alguna parte. Ningun soberano ha igualado la beneficencia de Francisco I con los artistas. Concedió á Benvenuto muchas pensiones, así como á sus discípulos, mandándole hacer muchas obras. Le regaló la torre de Nesle, donde hoy está la casa de la moneda, y que se llamaba entonces el pequeño Nesle. Este castillo había sido dejado al preboste de París, y el preboste no le ocupaba. El rey envió uno de sus tenientes para ocuparle, pero le fué preciso emplear la fuerza armada para apoderarse de él. Esto pasaba en 1540, y manifiesta hasta que punto era entonces respetada la autoridad por altamente colocada que estuviese. En este castillo Benvenuto y sus gentes tuvieron que armarse como en un estado de sitio para no ser muertos. Los amigos del preboste de París le llenaban de insultos. Al pronto se quejó al rey, pero éste le dijo: Si sois ese Benvenuto de quien he oído hablar, obrad á vuestro modo; yo os doy libertad para ello. En efecto, Benvenuto rechazó con la fuerza á cuantos fueron á molestarle en su nuevo alojamiento. Dueño ya de él instaló un gran número de obreros, y estableció uno de aquellos talleres de que salieron tantas y tan preciosas obras maestras. Muchas dependencias del castillo de Nesle estaban habitadas por inquilinos, entre otros por un impresor y un fabricante de pólvora. Benvenuto los despidió; pero el último, habiendo puesto obstáculos para marcharse, Benvenuto seguido de sus franceses, de sus italianos y de sus alemanes, entró en la habitación de aquel hombre con espada en mano, rompió en un instante todos sus muebles, y los echó por la

ventana. Casi hizo lo mismo con el otro inquilino, y así aumentaba cada día el número de sus enemigos. El enemigo mas poderoso que se atrajo fué Mad. de Etampes. En muchas ocasiones muy importantes encontró Cellini el medio de herir el amor propio de esta señora. Mad. de Etampes ejercía entonces un ascendiente considerable sobre el ánimo del rey: no le abandonaba, era su sombra: así logró hacer que el rey reconviniese algunas veces á Benvenuto. Hizo observar al rey que Benvenuto en lugar de trabajar lo que le mandaba no hacía mas que lo que se le ponía en la cabeza. Francisco I fué al taller de Benvenuto, le reprendió su indocilidad en términos que esplican muy exactamente las relaciones del arte con el poder en aquella época de nuestra historia.

—Es una cosa muy admirable, Benvenuto, que vosotros los artistas no quereis reconocer que no podeis ejercer vuestros talentos enteramente solos. Deberíais saber que no teneis fama y celebridad sino por la ocasión que os ofrecemos nosotros de que la tengais, y por consiguiente debeis ser mas obedientes, mas sumisos, y no obrar segun se os ponga en la cabeza. Me acuerdo haberos espresamente mandado hacer doce estatuas de plata de que tenia muchísimos deseos, y me habeis querido hacer un salero, vasos, bustos, fuentes y multitud de cosas. Verdaderamente que estoy asombrado de ver como descuidais cosas que tanto deseo, y que no os ocupais sino en lo que teneis capricho. Si quereis conducirlos así ya vereis como yo obro cuando quiero que se cumplan mis intenciones. Os advierto por consecuencia que me obedezcáis, porque si os obstináis en trabajar á vuestro capricho será lo mismo que si diéseis cabezadas contra la pared.

No se necesitaba mas para escitar el furor del irascible Benvenuto. Puso, sin embargo, una rodilla en tierra y besó los vestidos del rey. Pero á los pocos dias de esto por mas instancias que le hicieron se marchó casi secretamente, dejando á un discípulo querido suyo llamado Ascanio todo cuanto poseía.

Hizo el viage de París á Florencia con una tristeza profunda, y agitado de irresoluciones fáciles de concebir. Llegó en el mes de agosto de 1543. Cosme I, que era entonces el duque reinante de Florencia, acogió á Benvenuto, y le pidió trabajase para él. Benvenuto aceptó por un sentimiento de orgullo: quería demostrar á la escuela florentina sus talentos de escultor, y pidió que le fuese permitido hacer una estatua grande para la plaza que se llama hoy Piazza del Gran Duca.

Esta estatua representa á Perseo pisando el cuerpo de Medusa: con una mano tiene su espada; con la otra la cabeza que acaba de cortar. El zócalo de la estatua está cargado de figuras y adornos que dan al conjunto de esta grande obra un cierto amaneramiento.

La verdad es, que Benvenuto, platero sin igual, jamás fué un escultor de primer orden. Las cualidades que exige la platería dañan á la escultura que exige mucha mas sencillez, y por consecuencia otro modo de comprender los objetos. Ennoblecido por Francisco I, Benvenuto fué muy amante de la nobleza, y se le eligió miembro de la nobleza florentina el día 12 de diciembre de 1551.

Los últimos años de la vida de Benvenuto no fueron mas felices que los primeros. Ningun hombre ha tenido mas arte ni habilidad para crearse embarazos y disgustos.

La parsimonia con que el duque Cosmé retribuyó sus trabajos, no hizo mas que aumentar su irascibilidad natural. La gran consideracion de que gozaba no bastaba para apaciguar su insaciable personalidad. Murió sin amigo alguno a los setenta y un años de edad, el 13 de febrero de 1571.

nemente la serie de los siglos, es preciso que todo su valor lo tenga en sí mismo. Los metales preciosos son una tentacion para el poder. El mármol no puede servir ni para pagar á soldados, ni para adornar á una muger, ni para pagar siquiera al tahonero. Bajo esta fría materia lo ideal



Estalua de Perseo, y otras obras de Benvenuto Cellini.

Segun su voluntad fué enterrado en la iglesia de la Anunciacion. Se le hicieron magnificos funerales.

Hoy no queda de él mas que un pequeño número de obras. Para que una obra artística pueda atravesar impu-

brilla puro, y al abrigo de la rapacidad, de la grosera necesidad del oro. Entretanto no hay que temer mas que los furores del iconoclasta.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.